

La lluvia de Santiago

A la lluvia de Santiago
traje
mis ojos blandos
y saqué
de su neblina atornillada
mi paraguas.

Se abrieron
las ojeras más profundas
de mi sueño.
Tiré la pulpa de mi carne
para verme en pie
con los ojos en las manos,
para ver por dentro al que saludo:
¡Buenos días!
¡Hasta luego!
Aunque nunca, ya
nunca
nos veamos.

¿Qué llevo en la corriente de este río?
¿Qué digo
en este fin de enero
cuando digo
que los peces corren
en sentido inverso?
¿Será que las palabras no me alcanzan?
¿Será que de nosotros
la sangre quiere irse ya,
regar la tierra?

¡Venid, mujeres,
todas,
a los brazos de Santiago!
Que crezcan para adentro
nuestros santos.
Que se miren
en la nube errante
de mi barca.

Será de nuevo el vientre
de la tierra,
su sistema.
Que la Macintosh ordene
su Ría precisa;
que conforme el verso en este sueño,
en este siglo
que agónico germina,
que vuela casi
en cada clonación
de mi voz férrea.

Será de nuevo
el vientre
de la tierra
con todos esos muertos,
encallado.
Pidan por E-mail sus rezos,
sus gritos doctrinarios.

Quiero decir
Señoras
y
Señores,
que en la esquina de mi casa
huye el pecado
frente a la moral de los semáforos.
Que me redimo
ante el sudor de quien con mano en el
bolsillo
clama salvación
de frente a su deseo.
Quiero decir
que apestan las iglesias a suicidas,
y la lluvia de Santiago
sigue cayendo
tenue
tenue,
tenue.♦

Gloria Vergara